



Boletín de Noticias NS

**NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org**

#1155

04.05.2025 (136)

Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?

por A.V. Schaerffenberg

Parte 2

Capítulo 1: ¿Quién empezó realmente la guerra?

Quien blande la antorcha de la guerra en Europa no puede desear otra cosa que el caos!"

Adolf Hitler, 3 de agosto de 1939

Aunque los historiadores convencionales lo consideran el único responsable de la Segunda Guerra Mundial, era un papel para el que Adolf Hitler era totalmente inadecuado, tanto personal como ideológicamente. Como soldado raso durante la Primera Guerra Mundial, fue testigo de la muerte violenta de sus camaradas más cercanos, y él mismo fue víctima de un atroz ataque con gas mostaza que casi le costó la vista. Cuatro años en el frente le enfrentaron a los horrores indescriptibles de la guerra de trincheras, una experiencia que nunca deseó que se repitiera ni para él ni para sus compatriotas.

Tras el armisticio, desarrolló el nacionalsocialismo, cuyo principio central es la

preservación de la humanidad aria. Hitler enseñó que todos los blancos, independientemente de sus nacionalidades individuales, son hermanos y hermanas de la misma raza. Por lo tanto, las guerras entre arios son conflictos fratricidas y deben evitarse. En la guerra, lamentaba, los mejores individuos son los soldados que más libremente dan la vida por su país, empobreciendo así a la sociedad con la pérdida de sus miembros más valiosos. Tras su elección como Canciller alemán, la principal pasión de Hitler no era la remilitarización, sino la renovación social de su país. La reforma cultural le fascinaba especialmente, y quería pasar el resto de su vida renovando las ciudades alemanas. Cuando llegó la guerra, la consideró una distracción de su verdadero interés, y a menudo lamentó no estar más felizmente ocupado en la realización de proyectos de obras públicas. Como explicó varias veces incluso durante el conflicto, "soy un constructor entusiasta, pero un general reacio", una observación que difícilmente caracteriza el papel de "conquistador del mundo" que le asignaron sus enemigos.

Sin embargo, Hitler estaba muy interesado en los asuntos internacionales, sobre todo en los que afectaban directamente a la amenaza soviética. Juntos, el Tercer Reich y la Italia fascista actuarían como un "Eje" central, en torno al cual podrían agruparse los demás pueblos continentales, reforzando la columna vertebral de Europa central. El Japón imperial contendría la expansión del comunismo en Asia, mientras que una alianza con Gran Bretaña combinaba la mayor potencia naval del mundo con su ejército más poderoso, las fuerzas armadas alemanas, la Wehrmacht. Así contenido, el coloso soviético implosionaría sin necesidad de guerra. Así lo esperaba.

Sin embargo, cuando las hostilidades ya no pudieron evitarse, Hitler estuvo a la altura de las circunstancias. Su experiencia de primera mano en el Frente Occidental más de veinte años antes le instruyó como ninguna educación militar formal podría hacerlo. Además, sus campañas políticas de posguerra -con su repetido énfasis en la acción de masas- se desarrollaron como campañas de batalla. Sin embargo, es innegable que las dotes naturales de Adolf Hitler fueron los factores más importantes de su liderazgo como el mayor caudillo del siglo XX, quizá de todos los tiempos. Los numerosos ejemplos de sus habilidades superiores citados en esta historia subrayan el incuestionable estatus de Hitler como el estratega y líder más importante de la Segunda Guerra Mundial. Típico entre ellos fue su propio plan para la crucial captura del Fuerte Eben Emael en Bélgica, sin el cual toda la Campaña Occidental no habría sido posible, y su salvación en solitario de los ejércitos alemanes a principios del invierno de 1941, cuando todo el Frente Oriental estaba al borde del colapso inminente. Estos y muchos otros logros militares no tuvieron parangón, hasta el punto de que resulta imposible imaginar a ningún otro líder, ya fuera del Eje o de los Aliados, llevándolos a cabo.

Esto no quiere decir que nunca cometiera un error. Como Hitler dijo de sí mismo justo antes de su exitosa invasión de Francia, en la primavera de 1940: "El Sr. Churchill declaró recientemente en una emisión de radio que había contado 16 errores que he cometido hasta ahora en esta guerra. Se equivoca. He cometido al menos el doble de errores de los que soy consciente. Pero si el Sr. Churchill y sus seguidores han cometido un solo error, es mucho peor que cualquiera que yo haya cometido; a saber, cuando iniciaron esta guerra que inevitablemente debe terminar, independientemente de su resultado, en la disolución del Imperio Británico."

La falta más grave de Hitler, como admitió tardíamente, fue depositar su confianza en el Estado Mayor alemán. Como era un hombre de palabra, no podía imaginar que nadie más, especialmente un oficial alemán, actuara de forma deshonrosa. Sin embargo, la responsabilidad de la derrota final de 1945 recayó principalmente en algunos generales alemanes, la peor jauría de traidores jamás infligida a ningún país. A diferencia de sus homólogos aliados occidentales, Hitler no nació con una cuchara de plata en la boca. La riqueza, la posición social, la política al uso y el poder o prestigio personal -las mismas cosas que obsesionaban a F.D.R. y Churchill- le repelían. Mientras Roosevelt se codeaba con la élite financiera de Nueva York en Hyde Park, un Hitler sumido en la pobreza vendía sus acuarelas en Viena por unos pocos florines. Más tarde, cuando Hitler arriesgaba su vida como soldado anónimo en el Frente Occidental, Churchill, desde la seguridad del Ministerio del Interior de Londres, enviaba a miles de australianos a ser masacrados inútilmente en las playas de Galípoli, y Stalin era un atracador en la Rusia zarista.

Hitler ha estado tanto tiempo asociado en la mente popular con la peor tiranía que el mundo ha conocido que cualquiera que se entere de la verdad sobre su gobierno queda invariablemente asombrado. Considerarlo en el contexto de su propia época aclara muchas cosas. Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Alemania estaba gobernada por una monarquía obsoleta. Con su desaparición, el país se vio dividido entre los autodenominados marxistas, que consideraban a Alemania sólo un escabel para la Unión Soviética; los conservadores capitalistas, más interesados en preservar su riqueza que su raza; y los demócratas de cabaret, que se regodeaban en la "deliciosa decadencia" de los años veinte. En resumen, Alemania no tenía tradición de buen gobierno.

Cuando Hitler se convirtió en Canciller, no tenía ningún precedente sobre el que erigir una administración sensata, pero el caos que abrumaba a su nación pedía a gritos ser sustituido por un nuevo orden público. Las únicas alternativas a las que se enfrentaba eran el gobierno autoritario o la disolución social. Es cierto que fue uno de los hombres más poderosos de la historia, pero no por los poderes gubernamentales que poseía ni por las fuerzas armadas que tenía a su disposición, sino por la abrumadora devoción de su pueblo. Ningún otro individuo fue más querido por

sus conciudadanos. Tampoco gobernó sin su consentimiento. Al fin y al cabo, le habían elegido como su representante legal. Después, siempre les consultaba sobre sus principales decisiones en tiempos de paz mediante referendos, en los que se les pedía que votaran a favor o en contra de sus políticas. Supervisados en su integridad por comisiones internacionales de control, algunas de países hostiles a Alemania, estos plebiscitos aprobaron sistemáticamente el régimen nacionalsocialista por el 90% del electorado y más, la mayoría de las veces en la franja superior de ese percentil. Por ejemplo, de los 2,94 millones de papeletas emitidas en las elecciones de los Sudetes del 4 de diciembre de 1938, 2,64 millones de votos (98,8%) fueron para el NSDAP. Ese mismo año, cuando Hitler preguntó al pueblo austriaco si quería formar parte del Tercer Reich, el 99,7% respondió afirmativamente.

Ningún político democrático de la Tierra, ni antes ni después, obtuvo jamás ese índice de aprobación. Es comprensible que el odio que sentían por este hombre tan popular estuviera arraigado en sus celos personales. Roosevelt, Churchill, Clinton, Bush y todos los demás testaferreros de los judíos nunca pudieron conseguir más que una fracción del apoyo que Adolf Hitler recibió de *sus* conciudadanos. Si la democracia es el "gobierno popular del pueblo", entonces él era un "demócrata" en su sentido más auténtico. Como él mismo se preguntó: "¿Dónde hay una 'democracia' similar en otras tierras? ¿En qué otro lugar el pueblo y el liderazgo, la nación y el gobierno se han fusionado tan completamente y están tan cerca el uno del otro?". Aun así, como el Führer dejó claro en su "charla de sobremesa", consideraba el Estado populista del Tercer Reich como un puente hacia una república racial-autoritaria imaginada siguiendo el modelo de la Constitución estadounidense con sus leyes de inmigración y naturalización, que tanto admiraba. Trágicamente, esa visión de la libertad fue extinguida por extranjeros que preferían la destrucción masiva a la libertad política.

Quizá nada ilustre mejor las diferencias entre los líderes del Eje y los Aliados que una comparación de los regalos que intercambiaron durante la guerra. Con motivo de su 59 cumpleaños, en 1942, Mussolini recibió de Hitler un juego completo, bellamente encuadernado, de las obras de Friedrich Nietzsche, el gran filósofo del siglo XIX. Ese mismo año, con motivo de *su* cumpleaños, Franklin Roosevelt envió a Winston Churchill una caja de bourbon.

Sólo seis años antes de que su país declarara la guerra al Tercer Reich, cuando un periodista del *London Times* le preguntó qué pensaba de Adolf Hitler, Churchill respondió que si alguna vez Inglaterra se viera afligida por catástrofes como las que abrumaban a Alemania, rogaría a Dios por un hombre de genio como el Führer para que guiara al pueblo británico hacia su salvación. Más sorprendente aún, en la década anterior, Churchill fue autor de un largo artículo para el prestigioso

Illustrated Sunday Herald de Londres, (8 de febrero de 1920), en el que describía el comunismo como una tiranía asesina dirigida por terroristas judíos, cuyas revoluciones debían ser extinguidas sin piedad en cualquier país en que aparecieran.

En esa misma década, declaró: "Es deber del mundo civilizado reconquistar Rusia. Los soviéticos no representan a Rusia. Representan un concepto internacional totalmente ajeno e incluso hostil a lo que llamamos civilización. Vencer a Rusia, militar y moralmente, sería una tarea demasiado pesada para los vencedores de la Primera Guerra Mundial en solitario y, como debemos hacerlo, lo haremos con Alemania. Alemania conoce a Rusia mejor que nadie. Esa será para ella la gran oportunidad. Nada es posible en Europa sin Alemania; todo es posible con ella". Sin embargo, cuando Hitler aceptó su sugerencia aprovechando "la gran oportunidad" de atacar Rusia, Churchill le condenó como "agresor" y envió ayuda militar a los soviéticos que decía despreciar.

A pesar de estas desconcertantes incoherencias, los historiadores convencionales, ignorando sus declaraciones anticomunistas e incluso antijudías publicadas menos de veinte años antes de la Segunda Guerra Mundial, siguen consagrándolo como uno de los héroes más ilustres del siglo XX por su oposición intransigente a Adolf Hitler y a todo lo que el líder alemán representaba. Tal vez la personalidad contraria de Churchill pueda entenderse en el contexto de su lucha de por vida contra el alcoholismo. Una de sus ocurrencias más memorables se produjo en respuesta a una diputada del Parlamento, que se quejaba amargamente de que desacreditaba a ese augusto órgano apareciendo a menudo en estado de embriaguez. Eludiendo hábilmente la cuestión, declaró: "Mañana estaré sobrio. Pero usted, señora, seguirá siendo fea".

En un encuentro similar, fue abordado por Lady Astor, recién alertada del alcance de su villanía. "Si yo fuera tu mujer", le dijo, "¡pondría veneno en tu whisky!". "Y si yo fuera tu marido", le replicó él, "¡me lo bebería!".

Incluso su mejor amigo, Franklin Roosevelt, se refirió cáusticamente a él como "ese vago borracho". Durante una visita al Primer Ministro británico en el verano de 1940, Sumner Welles le encontró en una nebulosa alcohólica e incoherente. Un factor que contribuyó a su inestabilidad emocional pudo haber sido la problemática ascendencia política de Churchill, que se esforzó por mantener en secreto. Su madre era Jenny Jerome, una judía estadounidense. Cuando se tiene en cuenta además el origen judío de Franklin Roosevelt en el liderazgo supremo de los Aliados, queda clara su identidad racial y el origen del odio indeleble hacia Hitler.

Sin duda, el comportamiento personal de Churchill a menudo sobrepasaba los límites de la excentricidad, rozando la verdadera locura, como su lunática afición a llevar ropa interior femenina y a exhibirse desnudo. Por ejemplo, durante una visita a Washington D.C. en 1942, se enfrentó a un sorprendido F.D.R. completamente

desnudo, explicando únicamente: "Ya ve, Sr. Presidente, ¡no tengo nada que ocultarle!". En una ocasión posterior, el Primer Ministro se sintió tan emocionado por la visión de los bombarderos británicos volando a baja altura durante una misión de entrenamiento, que se quitó toda la ropa y corrió gritando desnudo por el tamarack ante el asombro de los oficiales de la RAF y los ejecutivos de las compañías aéreas reunidos. El conocimiento público de incidentes lamentables como éstos fue, por supuesto, suprimido por razones de seguridad nacional y moral hasta mucho después de 1945.

Pero el impulso motivador de Churchill era una pasión patológica por la guerra y la destrucción humana que conlleva. En la Conferencia de Casablanca, le dijo a Roosevelt que sólo se puede progresar en tiempos de guerra; sólo hay complacencia en la paz, afirmó. El Dr. Goebbels veía a Churchill como un homólogo en el siglo XX del griego que quemó el hermoso templo de Diana en Éfeso en el año 356 a.C., sólo para immortalizarse; el Primer Ministro era "un factor de destrucción". Seguramente pasará a la historia como el Heróstrato de Europa, capaz de perpetuar su nombre sólo destruyendo lo que muchas generaciones han construido a lo largo de numerosos siglos" (17 de marzo de 1945).

Lejos de su imagen idealizada de defensor de la conducta ética, toda la carrera de Churchill se construyó sobre el subterfugio y la manipulación inmoral. Por ejemplo, en junio de 1941, hizo que Sir William Stephenson, jefe del servicio secreto británico en Norteamérica, entregara al Departamento de Estado de Estados Unidos una carta supuestamente redactada por el mayor Elías Belmonte en la que incriminaba al agregado militar boliviano en Berlín como cabecilla de un complot para derrocar al gobierno de La Paz con ayuda de Hitler y establecer un Estado títere nazi en Sudamérica. Aunque la carta había sido totalmente inventada por Stephenson, su aceptación acrítica como auténtica por parte de la prensa estadounidense y la administración Roosevelt hizo que el inocente mayor boliviano fuera licenciado deshonrosamente y llevó a sus engañados compatriotas a declarar la guerra a Alemania.

La población alemana de Bolivia fue posteriormente internada durante los cuatro años siguientes en condiciones que han hecho famosas a las prisiones sudamericanas. Mientras tanto, el verdadero objetivo del engaño de Churchill era dar a F.D.R. otra excusa preparada para incitar a la opinión pública estadounidense contra el Tercer Reich. Poco después de este éxito propagandístico, Stephenson falsificó un "mapa nazi secreto" que detallaba los planes de Hitler para apoderarse de Sudamérica. Las artificiosas revelaciones de este pérfido documento fueron tragadas enteras por el presidente estadounidense.

Una década antes, a principios de los años treinta, la carrera política de Winston estaba en declive. Las deudas de juego contraídas por Randolph, su hijo, amenaza-

ban con la bancarrota y la pérdida de su querida finca, Chartwell. Desesperado, se unió al "Focus", una sociedad secreta formada por una docena de ex políticos que habían perdido sus cómodos empleos públicos durante la Depresión y estaban decididos a recuperarlos por todos los medios posibles. Conscientes de que estos "estadistas" desempleados dirían o harían cualquier cosa para volver al poder, los judíos sacaron del "Focus" a varios gentiles para encabezar su plan de destrucción de Alemania. Su mayor presa fue Winston Churchill.

A partir de 1936, los habitantes del "Focus" fueron ricamente financiados por el Congreso Judío Americano, la Junta de Diputados de Londres de los Judíos Británicos, y el Presidente del Departamento, Presidente de British Shell, Sir Bernard W. Cohen. Pagaron a Churchill 50.000 libras para que agitara contra Hitler, a quien, como ya se ha dicho, admiraba personalmente. La reputación de Churchill como prostituto de las causas antinazis fue en aumento. Seis años más tarde, le dijo a Franklin Roosevelt que estaba "casado con la política sionista".

En 1938, Winston recibió 800.000 dólares del plutócrata judío Sir Henry Starchos, que había perdido sus propiedades monopolísticas en Austria tras el *Anschluss*. Su misión era condenar la unión de ese país con el Reich, a pesar de los referendos controlados internacionalmente, en los que la gran mayoría de los austriacos votaron a favor de unirse a Alemania. Ese mismo año, el gobierno de Praga envió a Londres al ministro de Asuntos Exteriores procomunista, Jan Masaryk, con 2 millones de libras para el "Focus", y órdenes para que sus miembros derrocaran a Neville Chamberlain, a quien los checos consideraban demasiado blando con el Führer. Los alemanes se enteraron de que Churchill aceptaba dinero extranjero e informaron a Chamberlain justo antes del Acuerdo de Munich, una de las razones de su resultado favorable a Hitler. Pero la nueva y lucrativa carrera de Churchill como portavoz a sueldo de las agendas judías estaba asegurada.

Durante el llamado "bombardeo de Londres", Churchill fue elogiado por la prensa aliada por su valentía al lado del pueblo inglés, compartiendo sus peligros y dificultades, y animándoles a seguir su ejemplo personal de valentía desafiante. De hecho, los servicios de inteligencia británicos conocían con mucha antelación cada ataque aéreo alemán y transmitían secretamente la información a Churchill, que invariablemente huía a su refugio privado en el campo. Nadie más pudo evitar el Blitz por esta vía de escape confidencial. Cuando sonó el "todo despejado", regresó a Londres, donde se pavoneó ante las cámaras de los noticiarios mientras gesticulaba un mudra *con la V de la victoria* con sus dos dedos regordetes y manchados de puro, murmurando desafiante: "¡Podemos con ello!".

La tarde del 14 de noviembre de 1940, acababa de salir de Londres para evitar el regreso anticipado de la Luftwaffe, cuando un informe secreto de sus descifradores de códigos le comunicó que el próximo objetivo de los bombarderos

sería Coventry. De vuelta a la seguridad de la capital, Churchill posó desafiante en la azotea del edificio de su cuartel general, desafiando con el puño cerrado a los inexistentes nazis en el cielo para beneficio de reporteros y fotógrafos. Las imágenes del indomable coraje del Primer Ministro se exhibieron en todo el mundo, mientras la Luftwaffe bombardeaba la lejana Coventry.

Como ejemplo de su abominable insensibilidad ante el sufrimiento de la población civil británica, la noche del 10 de mayo de 1941 Churchill recibió la notificación de que un ataque aéreo especialmente intenso sobre Londres estaba causando un caos sin precedentes. En sus propias palabras: "Como no podía hacer nada al respecto, me fui a mi sala de proyección privada, donde disfruté viendo una película de los Hermanos Marx". Uno se pregunta cómo se habrían sentido los londinenses que se apiñaban para salvar sus vidas en las estaciones de metro subterráneas con respecto a Churchill, si hubieran sabido que mientras tanto se estaba riendo a carcajadas de una película judeoamericana en la lujosa seguridad de su refugio campestre.

En julio de 1944, con un Reich debilitado a menos de un año de la derrota, Churchill ordenó un ataque con ántrax contra civiles alemanes. Sus horrorizados generales le persuadieron contra el asesinato masivo sólo recordándole que Hitler tomaría represalias con toda seguridad, enviando justificadamente bombas volantes V-1 armadas con ojivas de gas venenoso contra Londres. Tardaron un mes en convencerle de que debía abandonar sus planes de genocidio ario. Como se quejó más tarde: "Los parsons entre mis generales me han impedido seguir adelante". Si su ataque con ántrax se hubiera llevado a cabo, prácticamente todo ser vivo del continente europeo habría sido aniquilado, incluidos los habitantes de todos los países aliados y neutrales.

A pesar de todo su amor por el derramamiento de sangre, Churchill, además de ser un cobarde físico, era un militarista extremadamente malo. Durante la Primera Guerra Mundial, como jefe del Almirantazgo, envió a miles de soldados de infantería australianos a la muerte en una invasión predestinada de Turquía. La debacle de Gallipoli no fue una mera derrota, sino una grave humillación para los Aliados a manos de meros turcos que habría destituido de por vida a cualquier otro comandante. Sin embargo, Churchill era más un político astuto que un líder militar y, veinticinco años después, estaba de nuevo en el poder. Repitió su metedura de pata en una escala de muerte mucho mayor al desviar la estrategia aliada, en contra de las advertencias de los asesores británicos y estadounidenses, hacia lo que él insistía que era "el bajo vientre blando de Europa".

Decenas de miles de soldados aliados cayeron en una campaña italiana que prolongó innecesariamente la guerra y nunca les proporcionó un éxito estratégico. Tras casi dos años de sufrimiento y matanzas, las fuerzas angloamericanas seguían

empantanadas en Italia cuando Alemania se rindió, todo gracias a las garantías de Churchill de que "lograrían un rápido avance hacia Austria", allá por 1943. Ralph Edwards, Director de Operaciones Navales británicas, que trabajó estrechamente con Churchill durante toda la guerra, lo describió como "sin duda uno de los peores estrategas de la historia" (Irving, *Churchill's War*, Vol. 2, 103).

La reputación artificialmente preservada de Churchill como el mejor orador del siglo en lengua inglesa es sólo una parte de su perdurable imagen fraudulenta. Sus conmovedoras transmisiones radiofónicas instaban a los británicos a luchar, resistir y morir en la guerra que él llevaba tiempo preparando para ellos. Gracias en gran medida a estas inspiradoras transmisiones, el pueblo británico resistió en las peores circunstancias durante seis largos años, en los que medio millón de ellos perdieron la vida. Durante todo ese tiempo, ocultó cuidadosamente las más que generosas ofertas de paz que Hitler hizo a Gran Bretaña. También se ocultó la verdadera identidad de la famosa voz que se hizo creer a los ingleses que pertenecía a su heroico Primer Ministro. Muchas de las transmisiones en lengua de plata que se le atribuían eran en realidad pronunciadas por Norman Shelly, un actor de radio seleccionado por su habilidad para imitar a Churchill en ocasiones en las que estaba demasiado borracho o resacoso para hablar en público.

La duradera imagen pública de Winston como campeón contra la dictadura no concuerda con su ambición, tantas veces declarada, de crear, como propuso a Roosevelt el 20 de mayo de 1943, un "dictador mundial", que privaría para siempre de todo poder militar a su propio aliado francés y reduciría a los pocos supervivientes alemanes de la guerra a la condición de esclavos perpetuos. El poder mundial debía limitarse al Imperio Británico, Estados Unidos y la Unión Soviética. Roosevelt estuvo de acuerdo, con la única diferencia de que el título de "moderador" sería políticamente más aceptable.

Churchill vivió hasta una vejez excesivamente madura, engordando a base de lujosos festines, garabateando historias censuradas y autocomplacientes, y embadurnando docenas de cuadros tan aficionados como olvidados. Cuando finalmente murió en 1965, dejó instrucciones para un funeral llamativo, que especificaba, entre otros giros de la megalomanía, que todas las grúas a lo largo de las orillas del Támesis se bajaran mientras su ataúd de gran tamaño pasaba flotando. Como en *La Tempestad*, de Shakespeare, todo el pueblo británico podría haber exclamado en ese momento: "¡Qué tres veces doblemente imbécil he sido al tomar a este borracho por dios y adorar a este tonto aburrido!".

Al igual que Churchill, F.D.R. era un maestro de las relaciones públicas. Sabía cómo congraciarse con los votantes como su "compatriota americano", y sus emisiones de radio regulares, las llamadas "charlas junto al fuego", estaban cuidadosamente orquestadas para enfatizar su personalidad humilde, hogareña, de

"pastel de manzana". Hitler y el nacionalsocialismo no interesaron lo más mínimo a F.D.R. hasta 1937. Era un año de elecciones, y el locuaz político temía acabar su vida pública como presidente de un solo mandato. Cuatro años antes, había llegado a la Casa Blanca asegurando a los estadounidenses que pondría fin a la Gran Depresión. Pero sus programas democráticos, plagados de corrupción, se quedaron en nada, y el desempleo nacional seguía aumentando. Como dijo el Führer de Roosevelt: "Si su política económica hubiera continuado indefinidamente durante el tiempo de paz, no cabe duda de que tarde o temprano habría acabado con este presidente, a pesar de toda su astucia dialéctica."

Evidentemente, la carrera de F.D.R. dependía de la salud económica de la nación. Finalmente se dio cuenta de que la única forma de recuperar el país era reactivar la producción, y el método más rápido era la fabricación masiva de armas. Sin embargo, para justificar la transformación de las fábricas estadounidenses en fábricas de armamento, era necesaria una amenaza seria o al menos la ilusión de una. Como enemigo reciente, Alemania constituía el bugaboo apropiado. Los juicios que dominaban la prensa y la industria cinematográfica de Estados Unidos estaban encantados de servir como los propagandistas más devotos de Roosevelt. Junto con su retórica alarmista, la profusión de películas antinazis de Hollywood y la incesante agitación de los periódicos contra Hitler acabaron por generar una histeria nacional tal que la invasión parecía inminente. En este clima artificial de miedo, el Presidente pudo imponer sus abultados gastos militares a través de un Congreso intimidado por el descontento de los votantes. Y levantando una polvareda sobre la amenaza mortal que suponía para Estados Unidos la Alemania nazi (no más grande que Texas), el Presidente consiguió desviar la atención de la persistente y cada vez peor Depresión que era incapaz de resolver.

Aunque su fabricación de armas inspirada por el pánico empezó a estimular la producción nacional, las armas son bienes perecederos que deben utilizarse, pues de lo contrario se oxidan y quedan obsoletas por los avances tecnológicos. Para ello, Roosevelt necesitaba la guerra. A través de su agente flotante en Europa, William C. Bullitt, hizo promesas secretas en el sentido de que los políticos de Varsovia podían contar con la intervención armada de los Aliados, si provocaban un enfrentamiento militar con el Tercer Reich. Engañados de este modo, imaginando que podrían darse un festín de victoria ganada a bajo precio, los polacos precipitaron las hostilidades (como se describe más adelante), lo que les salió el tiro por la culata de la peor manera posible. Pero con el comienzo de la guerra en Europa, los planes de participación de Roosevelt sufrieron un serio revés debido a las encuestas de opinión nacionales, que mostraban que la gran mayoría de los estadounidenses se oponían a la participación de Estados Unidos en cualquier guerra, a menos que fuera atacado deliberadamente. Como político consumado que

era, Roosevelt hizo campaña con una "plataforma de paz" popular para las elecciones presidenciales de 1941.

Mientras tanto, maniobraba continuamente para provocar a Hitler para que declarara la guerra a Estados Unidos, cediendo buques de guerra a la Royal Navy, enviando suministros a Inglaterra en cargueros estadounidenses escoltados por destructores de la US Navy, e incluso ayudando directamente a las operaciones militares británicas. Uno de los ejemplos más flagrantes fue la posición del *Bismarck*, comunicada por radio a los británicos, que hasta entonces habían sido incapaces de encontrarlo, por un hidroavión PBY de la Marina estadounidense, lo que les permitió hundir el acorazado alemán con gran pérdida de vidas humanas. El mismo mes en que Roosevelt fue elegido por unos votantes convencidos de que estaba decidido a mantener a su país fuera del conflicto europeo, dio instrucciones a su Armada de "disparar contra los buques de guerra del Eje cuando y dondequiera que se encuentren". Esto iba mucho más allá de todas las demás violaciones de la neutralidad estadounidense para constituir una declaración de guerra. Aun así, Hitler se negó obstinadamente a morder el anzuelo.

El 9 de agosto de 1941, durante la Conferencia de la Carta del Atlántico, Roosevelt prometió confidencialmente a Churchill que "trabajaría para crear un incidente" que arrastrara a Estados Unidos a la guerra en contra de la voluntad de la mayoría de sus compatriotas. Más tarde, Winston informó al rey Jorge VI de que la estrategia del Presidente no consistía en declarar la guerra, sino en provocarla creando un incidente. El 30 de octubre anterior, F.D.R. había entonado seriamente por la radio nacional: "Y mientras me dirijo a ustedes, madres y padres, les doy una seguridad más. Lo he dicho antes, pero lo diré una y otra y otra vez: Vuestros hijos no serán enviados a ninguna guerra extranjera". Incluso hoy, al menos algunos eruditos estadounidenses se dan cuenta junto con Gore Vidal de que "Roosevelt dijo mentiras para meternos en la guerra contra Hitler, lo cual, teniendo en cuenta la naturaleza de la bestia, mucha gente se alegró y se alegra de que lo hiciera".

Frustrado y temeroso de que su economía basada en amenazas desencadenara otro colapso económico aún más grave si Estados Unidos no entraba pronto en combate, el Presidente llamó a lo que el historiador Harry Elmer Barnes denominó "la puerta trasera de la guerra". Se abrió en el socio anticominternista de Alemania. Durante la misma Conferencia de la Carta del Atlántico, Churchill y Roosevelt expresaron su deseo común de atacar Japón, entonces todavía una nación neutral, después de agosto de 1941. Su plan fue aplaudido por Cordell Hull y otros partidarios políticos que rodeaban al Presidente, pero sus asesores militares afirmaron que Estados Unidos sería militarmente incapaz de arriesgarse a las hostilidades hasta finales de otoño.

Antes, el 26 de julio de 1941, F.D.R. ya había impuesto un embargo internacional de petróleo contra los japoneses por su invasión de China, que, por supuesto, no era asunto suyo, debido a la total ausencia de intereses estadounidenses allí. Su acción fue un acto económico de agresión letal, porque la existencia industrial de Japón dependía enteramente del petróleo extranjero importado. Expertos de ambos lados del Océano Pacífico calcularon que la sociedad japonesa se desintegraría en la pobreza y el hambre en la primavera siguiente. Roosevelt esperaba que su embargo incitara a los japoneses a atacar primero, consiguiendo así el apoyo popular para su participación en la Segunda Guerra Mundial.

Decepcionantemente, el Gabinete japonés no respondió con desafío, sino con conciliación. El ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, envió a Washington un "Plan de cinco puntos" en el que ofrecía importantes concesiones, entre ellas la renuncia a las zonas de China mencionadas específicamente por los estadounidenses y la autolimitación de la expansión de los japoneses en ultramar para aliviar la superpoblación. Además, buscaba la reanudación de las negociaciones para discutir el "Plan" del Gabinete para la normalización de las relaciones entre ambas potencias. Pero Roosevelt tenía en mente cualquier cosa menos la paz. Decidió iniciar las hostilidades lo antes posible, con o sin la aprobación del pueblo estadounidense. Ya había decidido lanzar un ataque aéreo estadounidense desde las bases de Claire Chennault en China oriental contra Japón a mediados de noviembre. En realidad, el Presidente había autorizado el ataque sorpresa tres días antes de imponer el embargo petrolero. Churchill, desesperado desde hacía tiempo por la entrada de Estados Unidos en la guerra, fue informado de las buenas noticias por el Secretario de Estado estadounidense, Cordell Hull, a través de códigos diplomáticos de alto secreto.

Un artículo publicado en *Los Angeles Times* con motivo del 60 aniversario de la incursión japonesa de 1941 titulaba: "Japón violó el código estadounidense antes de Pearl Harbor, según una investigación". La redactora Valerie Reitman informaba de que un joven profesor de historia japonés-americano de la Universidad de Kobe había encontrado documentos escritos de la época de Roosevelt desclasificados por la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. en 1996. Toshihiro Minohara los descubrió entre información sobre códigos secretos de preguerra en los Archivos Nacionales de EE.UU. en College Park, Maryland. Los documentos microfilmados adjuntos mostraban traducciones japonesas de telegramas de la F.D.R. a varios embajadores y líderes aliados. Al parecer, los criptógrafos de Tokio habían descifrado los principales códigos diplomáticos del Presidente.

Para confirmarlo, Minohara pidió al Dr. Satoshi Hattori, profesor de historia moderna de la Universidad de Kobe, que hiciera una búsqueda especial en los archivos diplomáticos de Tokio. En una carpeta titulada "Documentos especiales",

Hattori encontró treinta y cuatro comunicados mecanografiados, la mayoría en inglés, de discusiones diplomáticas de alto secreto entre Estados Unidos y Gran Bretaña en los meses y semanas anteriores al 7 de diciembre. Los japoneses leyeron la decisión de Roosevelt de atacarles a mediados de noviembre. Al enterarse de su duplicidad, Togo, firme defensor de las relaciones pacíficas con Estados Unidos, y que anteriormente se había opuesto a los "halcones" del Gabinete, escribió en sus memorias de posguerra: "Me quedé conmocionado hasta el punto de marearme. Llegados a este punto, no teníamos más remedio que actuar". Sólo después de leer el plan de apuñalamiento por la espalda del Presidente, incluso las "palomas" del gobierno japonés decidieron atacar antes de que él pudiera golpearles primero.

Mientras tanto, el plan secreto de Roosevelt de atacar sin previo aviso a un pueblo con el que Estados Unidos aún estaba en paz había quedado en suspenso por retrasos logísticos. El 22 de noviembre, Lauchlin Curie le informó de que los bombarderos y sus tripulaciones no podrían llegar a las bases chinas hasta finales de diciembre. La incursión se lanzaría a más tardar poco después del Año Nuevo de 1942. Los 2.400 estadounidenses que murieron en Pearl Harbor nunca se dieron cuenta de que fueron sacrificados por la conspiración no publicitada de su Presidente para involucrarlos en una guerra ilegal. Habiendo descifrado su código diplomático, los japoneses sabían lo que realmente estaba tramando, y se le adelantaron, por poco, aproximadamente un mes.

Pero de un plumazo le entregaron la guerra que llevaba tiempo buscando para salvar su cuello político rejuveneciendo la economía estadounidense mediante la producción masiva de armas. Ahora la abrumadora mayoría de los estadounidenses servían con gusto a su causa en la trágica ilusión de que estaban defendiendo a su país. Le eligieron para un cuarto mandato sin precedentes. Para entonces, sin embargo, Roosevelt ya se estaba muriendo de gonorrea terminal; el golpe final sería una hemorragia cerebral.

Sir Robert Craigie, representante de Inglaterra en Tokio, declaró que los japoneses eran víctimas inocentes del imperialismo de Roosevelt y de los complots entre bastidores de Churchill para involucrar a Estados Unidos en la guerra, sin importar el coste en vidas humanas. Craigie había sido testigo personal del medio año anterior de intrigas tejidas por estos dos criminales internacionales. Fue secundado por el congresista Hamilton Fish, que había apoyado fervientemente la petición del Presidente de una declaración oficial de hostilidades por parte de Estados Unidos, pero que más tarde confesó: "Roosevelt fue el principal instigador y el incendiario que encendió la mecha de la guerra."

Al igual que Churchill (y todos los demás líderes mundiales), Roosevelt comprendía bien la cuestión judía e incluso simpatizaba personalmente con los nacion-

alsocialistas alemanes, contra quienes estaba librando hipócritamente una guerra de aniquilación en febrero de 1943: "Uno no puede realmente culpar a los nazis por lo que hicieron a los judíos", le confió al general Auguste Nogues, comandante francés de Marruecos, durante la Conferencia de Casablanca, "porque si el pueblo alemán hubiera tenido que sufrir lo que sufrió antes de que los nazis llegaran al poder, ningún otro pueblo del mundo habría actuado de manera diferente". La comprensión de F.D.R. sobre los judíos hace que su obediencia voluntaria y la de Churchill hacia ellos sea aún más inmoral. No era un tonto ingenuo, sino consciente del mal al que servía.

Franklin Roosevelt murió antes del final de la guerra que él, más que ningún otro individuo, provocó. En esos últimos meses, se reunió en Yalta con sus infames co-conspiradores. Físicamente deteriorado por los estragos de una enfermedad sífilítica y mentalmente desequilibrado, se sentó para los fotógrafos entre un Churchill achispado, con su Imperio casi desaparecido, y Stalin, que, meditando sobre la enervada condición de las potencias occidentales personificadas por estos dos lamentables personajes, sonreía en secreto para sí mismo, como el gato comunista que acaba de tragarse al canario capitalista. Al describir al potentado soviético en Yalta, *la Enciclopedia Británica* escribe: "Un negociador formidable, fue más listo que estos estadistas extranjeros".

Nacido como Joseph Vissarionovich Dzhughashvili en 1879, cambió su nombre por el de "Stalin" (de la palabra rusa para "acero", *stal*) tras convertirse en un ardiente comunista. Con las primeras victorias alemanas destrozando la URSS, se lamentó: "¡Todo lo que Lenin construyó para nosotros se ha perdido para siempre!". Mientras el avance del Eje continuaba a lo largo de ese primer verano de 1941, se fue de juerga prolongada, encerrado en su remota *dacha*, dejando a la Unión Soviética completamente a la deriva. Aunque la invasión alemana había comenzado el 22 de junio, Stalin estaba demasiado borracho para hacer un discurso público hasta el 3 de julio; incluso entonces, apenas podía murmurar en un tono bajo y monótono que no inspiraba más que derrotismo. Sin embargo, su año sabático alcohólico debió de sentarle bien, porque al final se le pasó la borrachera y dirigió personalmente la defensa de Moscú el invierno siguiente. Abandonando cínicamente la retórica marxista con la que había vivido toda su vida, de repente se presentó como un nacionalista eslavo más grande que la vida. La hipócrita pose funcionó, y millones de rusos, hasta entonces desmoralizados, se unieron a la exitosa defensa de su patria.

Durante el resto de la guerra, demostró ser un magnífico caudillo, no tanto por sus habilidades militares -de las que no poseía prácticamente ninguna- como por su implacable reorganización y liderazgo de las fuerzas armadas de la URSS. Enfrentado a su desmoralización generalizada por una derrota sin paliativos, en-

dureció la resistencia de su país instituyendo un sistema de comisarios del Ejército Rojo, que literalmente se situaban detrás de los soldados rusos, con las pistolas preparadas, para disparar a cualquier hombre que vacilara. En comparación con el número total de personas (7.500) que trabajaban para la Gestapo alemana en 1939, en la misma época la Unión Soviética empleaba no menos de 366.000 policías secretos.

En honor a Stalin, ya había llevado a Rusia a la era industrial (aunque a costa de diez millones de campesinos asesinados, los *kulaks*), y ahora transformó sus fábricas en gigantescas plantas de municiones preparadas para la guerra total en cuestión de meses. Estableció tácticas soviéticas para el campo de batalla que ignoraban toda estrategia para atacar con hombres y material sólo cuando el adversario podía ser abrumadoramente superado en número, independientemente de las siempre numerosas bajas sufridas por sus soldados. A veces estos asaltos masivos funcionaban; a menudo fracasaban, invariablemente con la destrucción masiva de hombres y máquinas rusos. Los éxitos soviéticos en Stalingrado, Kursk y hasta el final de la guerra parecieron confirmar el aparente liderazgo militar de Stalin, incluso a los ojos de Adolf Hitler.

Pero el Führer y el resto del mundo exterior no sabían que las victorias de Stalin le eran entregadas antes de cada batalla por traidores del Estado Mayor alemán, quienes, cooperando con Leopold Trepper, jefe judío de la red de espionaje "Orquesta Roja", transmitían los planes de Hitler al alto mando soviético. Como señaló Winston Churchill, la Revolución Rusa fue en gran medida un asunto judío, y José Stalin -percibido por judíos como León Trotsky y Grigori Zinóviev como una marioneta ingenua pero flexible- fue puesto como títere de los judíos para su tiranía soviética. Apropiadamente, se sentó entre Zinoviev y otro judío comunista, Lev Kamenev, en el primer triunvirato gobernante tras la muerte de Lenin.

Stalin, Churchill y Roosevelt eran mediocres comunes de inteligencia limitada, definidos únicamente por sus enormes apetitos de poder y prestigio personal. Las no-entidades políticas codiciosas nunca escasean, y están fácilmente disponibles para los menos frecuentemente vislumbrados manipuladores judíos, para los que tales cómplices voluntarios son tan comunes como completamente desechables. La guerra significó cosas diferentes para los líderes mundiales que participaron en ella. Para Churchill, era simplemente la oportunidad más gratificante de ganarse la vida y escapar del escándalo financiero. Para Roosevelt, era la única forma de salir de la Depresión y salvar su existencia política. Stalin la acogió como su mejor oportunidad de convertirse en otro Gengis Kan, el gobernante de un planeta dominado por los soviéticos. Para estos hombres, la Segunda Guerra Mundial no era más que un medio para conseguir fines personales que nada tenían que ver con el fascismo, la democracia, la civilización o cualquiera de los otros asuntos públi-

cos con los que disfrazaron sus agendas privadas a costa de muchos millones de seres humanos.

Los líderes aliados se parecían en que todos sufrían problemas personales que torcían su comportamiento. Churchill era un alcohólico sin remedio. Como todos los bebedores empedernidos, era un mal borracho, que se tambaleaba desde la paranoia y la dependencia hasta la beligerancia. F.D.R. había sido un hombre físicamente vigoroso en la tradición de Roosevelt, hasta que la poliomielitis le afectó en los primeros años de la edad adulta. Agujoneado por la necesidad de parecer fuerte, a pesar de su propia y humillante debilidad, sobrecompensó y sublimó su frustración en agresiones externas. Stalin nació con un brazo deforme y marchito, por lo que alimentó profundos sentimientos de inferioridad y venganza, como el Ricardo III de Shakespeare.

Eran los inadaptados y los chiflados, los psicópatas lisiados, a quienes se confiaba el destino de las naciones. Churchill y Roosevelt eran en parte judíos, mientras que Stalin, un gentil georgiano, vivía con una familia judía (los comunistas Kagonovitch), se casó con una judía (Nadezhda Alliluyeva) e incluso hablaba yidish. La disparidad racial de las causas de los Aliados y del Eje quedaba así claramente definida en sus respectivos liderazgos. Como tal, es imposible entender la Segunda Guerra Mundial, o toda la historia de la humanidad, sin apreciar el papel desempeñado por los judíos. En ninguna parte es esto más evidente que en la historia de la Segunda Guerra Mundial, la extensión militar lógica e inevitable de la lucha política nacionalsocialista lanzada contra ellos por Adolf Hitler veinte años antes.

Para que su lucha tenga sentido, hay que dejar claro que la Alemania democrática posterior a la Primera Guerra Mundial era el patio de recreo de los comunistas judíos que seguían el dictado de Lenin sobre la revolución roja del mundo que pasaba por el Reich. El pueblo alemán se moría literalmente de hambre en las calles de Múnich y Berlín, incapaz de encontrar un trabajo de verdad y agradecido por los trabajos serviles, a menudo degradantes, que rara vez le llegaban. La tasa de mortalidad infantil se dispara. Reinaban el hambre, la pobreza extrema, la delincuencia juvenil, el crimen, la inmoralidad, la podredumbre cultural, la violencia política callejera y el caos social. Mientras tanto, los especuladores de tierras judíos se hicieron ricos de la noche a la mañana adquiriendo enormes extensiones de bienes inmuebles, en su mayoría granjas, a alemanes que habían quedado en la indigencia por los efectos catastróficos de la "Gran" Guerra. Entonces, como ahora, los judíos dominaban la mayoría de las profesiones (especialmente la medicina, la prensa, las artes y el gobierno), porque los alemanes habían sido "legalmente" privados de sus derechos por el Tratado de Versalles. Al mismo tiempo, la pútrida República de Weimar de los años veinte era una mezcla de judíos marxistas y cap-

italistas, que consideraban al empobrecido pueblo alemán como una mera bolsa de frijoles ideológica y económica. Estados, ciudades y pueblos enteros, como Baviera, Berlín y Coburgo, fueron tomados por criminales comunistas; prácticamente todos sus líderes -Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Kurt Eisner, etc., etc.- eran judíos.

Pero fueron derrotados por un movimiento popular nunca visto, cuando Adolf Hitler fue elegido canciller. Muchos judíos abandonaron Alemania y emigraron a la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, donde inmediatamente comenzaron a agitar una guerra de venganza. Todas sus inversiones políticas y financieras en una Alemania permanentemente derrotada se habían evaporado con la popularidad del nacionalsocialismo. Ya en el verano de 1933, sólo unos meses después de la victoria de Hitler en las urnas, las figuras más poderosas del judaísmo mundial organizaron un mitin masivo en el Madison Square Garden de Nueva York. Su portavoz era Samuel J. Untermyer, una elección perfecta para el trabajo que proponían. Veintiséis años antes, Untermyer había conseguido que Estados Unidos declarara la guerra a Alemania a pesar de las objeciones de la mayoría de los estadounidenses. Consiguió esta notable hazaña pagando a un cartero negro que amenazaba a Woodrow Wilson con el escándalo, a condición de que el indiscreto Presidente revocara la política no beligerante de su gobierno. (Los orígenes judíos de la participación estadounidense en la Primera Guerra Mundial están irrefutablemente explicados por los célebres investigadores Andrew Collins y Chris Ogilvie-Herald).

Ahora, en 1933, el belicista profesional volvió a la carga. Untermyer proclamó "una guerra santa", posteriormente respaldada por todos los judíos estadounidenses prominentes, contra la Nueva Alemania. "Lo que proponemos y ya hemos avanzado mucho es llevar a cabo un boicot económico puramente defensivo que socavará el régimen de Hitler", dijo, "y hará entrar en razón al pueblo alemán destruyendo su comercio de exportación del que depende su propia existencia."

En respuesta a la "declaración de guerra santa" de Untermyer contra un pueblo que hasta entonces no había hecho daño a nadie, el periódico judío *Natscha Retsch* fulminó asesinamente en la mejor tradición del Antiguo Testamento: "¡La guerra contra Alemania será librada por todas las comunidades judías, conferencias, congresos, por cada judío individual! De este modo, la guerra contra Alemania avivará ideológicamente y promoverá nuestros intereses, que exigen que Alemania sea totalmente destruida. El peligro para nosotros los judíos reside en todo el pueblo alemán, en Alemania en su conjunto, así como individualmente. Hay que hacerla inofensiva para siempre".

El último testamento de Adolf Hitler, firmado el día de su muerte, el 30 de abril

de 1945, parece corroborar tan feroz agitación: "Es falso que ni yo ni nadie en Alemania deseáramos la guerra en 1939. Fue deseada e instigada exclusivamente por aquellos estadistas internacionales que eran de origen judío o trabajaban para intereses judíos."

Más de sesenta años después, los judíos seguían refiriéndose a todos los alemanes, por muy projudíos o antinazis que fueran algunos de ellos, como miembros de la "Raza Perpetradora". Así fue como el Congreso Judío Canadiense condenó a la historiadora jefe de la "Sección de Crímenes de Guerra y Crímenes contra la Humanidad" del Departamento de Justicia canadiense, Ruth Bettina Birn, simplemente porque era una alemana gentil, ¡aunque estaba procesando a nacionalsocialistas!

La primera fase de la "guerra santa" de Untermeyer era un boicot económico destinado a destruir Alemania con la ayuda "de nuestros millones de amigos no judíos" (*The New York Times*, 7 de agosto de 1933). Parafraseaba una estrategia esbozada en *Los protocolos de los sabios de Sion* (actas de una reunión secreta de líderes mundiales a principios del siglo XX), según la cual cualquier nación gentil que se rebelara contra los planes judíos debía ser estrangulada mediante sanciones económicas. Estas servirían como preludeo a medidas militares emprendidas por otros países gentiles donde los judíos aún ejercen influencia política (es decir, financiera). En el punto 3, Protocolo VII, el acta dice: "Debemos estar en condiciones de responder a todo acto de opresión mediante la guerra con los vecinos de aquel país que ose oponerse a nosotros".

Aunque los moldeadores de la opinión pública lo tachan de "falsificación" de forma histérica y sistemática, la autenticidad del documento ha sido establecida por los propios judíos. En su libro *Beware of God: The Ultimate Paradox*, el historiador judío sudafricano David Ash describe los "Protocolos de los Sabios de Sión como una verdadera advertencia a la humanidad de que los judíos utilizan los principios bíblicos para hacerse con el poder y promover sus propios fines" (Parfrey, 405). A principios de la década de 1980, uno de los judíos más influyentes de mediados del siglo XX, Armand Hammer, jefe de la Occidental Petroleum Corporation estadounidense y titiritero político de los presidentes Nixon y Reagan, estableció una empresa corporativa internacional con otros judíos (el magnate de los medios de comunicación Robert Maxwell, el multimillonario israelí Shaul Eisenberg, Albert Reichmann, jefe de la mayor empresa inmobiliaria del mundo, etc.). Hammer se refirió descaradamente a este club de multimillonarios formado por algunos de los hombres más poderosos del mundo como "Los Ancianos de Sión" (Epstein, 322). Después de todo, el líder mundial del sionismo no hacía más que repetir lo que Untermeyer y el punto 3, número 7 de los *Protocolos* afirmaban, cuando Chaim Weizman le dijo a Winston Churchill en 1941 que los

judíos consiguieron que Estados Unidos luchara contra Alemania en la Primera Guerra Mundial, y que volverían a hacerlo en la Segunda Guerra Mundial (Irving, *Churchill's War*, vol. 2, 76,77).

El doctor M. Raphael Johnson escribe que el boicot de Untermeyer "fue un acto de guerra no sólo metafórico: fue un medio, bien elaborado, para destruir a Alemania como entidad política, social y económica. El propósito a largo plazo del boicot judío contra Alemania era llevarla a la bancarrota con respecto a los pagos de reparación impuestos a Alemania tras la Primera Guerra Mundial, y mantener a Alemania desmilitarizada y vulnerable. De hecho, el boicot fue bastante perjudicial para Alemania. Estudiosos judíos como Edwin Black han informado de que, en respuesta al boicot, las exportaciones alemanas se redujeron en un 10%, y que muchos exigían el embargo de activos alemanes en países extranjeros"(43). Todo esto lanzado contra un pueblo cuyo único "delito", hasta el momento, había sido criticar a los judíos.

Pero el boicot mundial fracasó, porque el nacionalsocialismo estaba independizando económicamente a Alemania de su red monetaria internacional. Y ningún judío necesitaba que le dijeran lo que ocurriría si otros pueblos gentiles despertaban a la realidad del poder judío, como lo habían hecho los alemanes. Además, Hitler resolvió el desempleo y restauró la prosperidad en su país, mientras el resto de la civilización occidental se revolcaba en una Gran Depresión. Si su ejemplo era adoptado en otras tierras, la red bancaria internacional de los judíos establecida por la Casa de Rothschild se derrumbaría.

La agitación contra Hitler en el mundo exterior a lo largo de la década de 1930 se hace evidente no sólo a la luz de la "Declaración de Guerra" de Untermeyer desde el podio del Madison Square Garden de Nueva York. Francia tenía un primer ministro judío, Leon Blum, mientras que Isaac Leslie Hore-Belisha, 1er Barón Hore-Belisha, era el Secretario de Estado de Guerra judío de Gran Bretaña y el belicista más ruidoso. No es sorprendente que Churchill le concediera un título de nobleza por los servicios prestados en nombre del conspirativo "Focus". Luego estaban los judíos soviéticos, cuyos planes de instaurar un gobierno mundial único se veían amenazados por el atractivo ideológico del nacionalsocialismo más allá de las fronteras alemanas. Había muchas razones para creer que las mismas masas trabajadoras que se habían alejado del marxismo y habían llevado al nacionalsocialismo al poder en Alemania lo harían repetidamente en otros países, acabando para siempre con el sueño de Karl Marx de una "dictadura del proletariado" internacional dominada por los judíos.

Mediante su presentación unilateral de Adolf Hitler en la prensa y la industria cinematográfica como el peor enemigo de la humanidad, los judíos empezaron a crear psicológicamente un clima de odio como requisito previo para las hos-

tilidades armadas. Pero sesenta años después de su declaración de agresión en tiempos de paz, incluso el autor judío Lenny Brenner admitió: "Antes de la guerra, los líderes sionistas proclamaron un boicot internacional masivo contra el gobierno alemán. Esta política agresiva echó leña a una situación ya de por sí inflamada y, en consecuencia, contribuyó a iniciar el Holocausto [sic]"... (Parfrey, 404,405).

Ludwig Lewisohn, uno de los "asesores" del F.D.R. y jefe de las Organizaciones Sionistas de América, declaró al periódico neoyorquino *The Jewish Mirror* el 3 de octubre de 1942: "El pueblo judío es el símbolo de la naturaleza de esta guerra. Nadie más. Nada más. Es el alfa y el omega, el principio y el fin de todo el asunto". Los 61 millones de víctimas mortales (por no hablar de los 240 millones de heridos, los incontables millones de personas esclavizadas durante generaciones bajo el comunismo y los tesoros culturales irremplazables borrados) resultantes del conflicto del que se atribuye el mérito en nombre de su pueblo los convierten en los criminales de guerra más manchados de sangre de toda la historia de la humanidad.



NS KAMPFRUF
KAMPFSCHRIFT DER NATIONALSOZIALISTISCHEN DEUTSCHEN ARBEITERPARTEI AUSLANDS- UND AUFBAUORGANISATION

Number 100 Created 1973 20. April 2017 (20)

Der Kampf geht weiter !

Siebzig Jahre nach der Kapitulation der Wehrmacht am 8. Mai 1945 ist die nationalsozialistische Bewegung stärker als je zuvor in der Nachkriegszeit. Und zwar nicht nur in Deutschland, sondern auf globaler Ebene. Millionen von Menschen, Vorfahren, Vorfahren und Vorfahren haben nicht angeteigt, das Kreuz der goldenen Lira sondern heißt geführe Führer Adolf Hitler zu erwecken.

Alle Nationalisten sind stetig erhabene Völker und Kampfgewinn haben Schüler an Schulen an Kampf um die Erhebung unserer Völker.

Die Bewegung ist erst nicht geworden, aber die Größe des Reiches ist heute ist heute auch viel größer als in der Vergangenheit.

Der nationaldeutsche Gegner ist eben dabei, den Völkern - gegen alle wissen Völker (y - in England, seine Mittel und Einwanderung, Überhand und Kampferhebung.

Ob "legal" oder "illegal", ob in "Walden" oder in "Strandung", ob mit Propagandaarbeit weltweit oder auf dem heimischen Boden der Jahre Nationalismus ist unser Pflicht!

Heil Hitler!
Gerhard Lusch



TROTZ VERBOT NICHT TOT!



Boletín de Noticias NS
www.nsdapao.org

#1000 19.06.2022 (133)

NSDAP/AO: PO Box 6414 - Lincoln NE 68506 - USA

Informe frontal
Entrevista con Molly
Tercera parte

NSK: Sus proyectos actuales están obviamente relacionados con la filosofía y el arte.

Describe tu opinión sobre el impacto de estos temas en la política.

Molly: Damos trato de seguir actualizando la galería de fotos, pero sobre todo me he concentrado en Adolf Hitler y el Ejército de la Humanidad (www.movingthehorizont.com/truth.htm). Estoy en 21 páginas ahora, y tengo mucho más que hacer. Estudiar la Segunda Guerra Mundial es un absoluto campo de minas de información. Busco información sobre una cosa y te encuentras con dos cosas más para investigar. Se siente un poco como si fueras un arqueólogo, desenterrando el pasado enterrado. Un pasado que prefieren no sacar a la luz. Podemos volver a agradecer a Internet la avalancha de información y fotografías. A lo largo de los años han salido a la luz cosas extremadamente raras.




the NEW ORDER

Number 176 (20) Created 2018 April 20, 2017 (20)

The Fight Goes On !

Seventy years after the capitulation of the Wehrmacht on May 8, 1945, the postwar National Socialist movement is stronger than ever not only in Germany, but throughout Europe.

Decades of mass murder, expulsion, persecution, and defilement have not sufficed to destroy the seed of the brilliant idea of our much loved Führer Adolf Hitler.

All National Socialists and other racially-aware countenances and racial kinmen fight side by side for the preservation of our White folk.

The movement has indeed become stronger, but the danger of biological folk death is also much greater today than in the past.

The desperate enemy is in the process of committing genocide against all White folk. His means are: mass White immigration, culture denigration, and race-mixing.

Whether "legal" or "illegal", whether in election halls or street battles, whether armed with propaganda material or on a battlefield of a different kind, every National Socialist must do his duty!

Heil Hitler!
Gerhard Lusch



TROTZ VERBOT NICHT TOT!

¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas
Cientos de libros en casi una docena de lenguas
Sobre 100 webs en docenas de lenguas



BOOKS - Translated from the Third Reich Originals!
www.third-reich-books.com



NSDAP/AO
Fight Back!



nsdapao.org
Contact us to find out how YOU can help!